

“CAMARÓN Y EL CAMPO DE GIBRALTAR”

JUAN JOSÉ TÉLLEZ RUBIO

Castellar de la Frontera, 23 de Febrero de 1993.

Tus ojos sobrevivían. Taciturnos y abiertos. Desde que te vi por vez primera hasta las últimas fotos de la prensa, las últimas tomas de las cámaras de televisión, sobrevivían de ti aquellos ojos inquisitivos, pioneros, que brincaban al exterior desde un rostro firme como si fueran a comerse al mundo. Tus ojos, José, sobrevivían. Y tu anciana voz de niño eterno, aquella con la que explorabas las regiones más altas del cante, el lugar donde los ritmos se convierten en alma y el confín donde el alma se llama duende.

Pero en aquella tarde linense del 81, el rumbo de tu familia estribaba en un piso de la Calle Isabel la Católica, desde el que luego os mudaríais a la calle del Teatro. Ya eras buena parte de tu propia leyenda: la historia de un niño crecido fuera de la clase, que quiso ser torero y que heredó en sus entrañas el temple candente de la fragua del padre, el legado flamenco de su madre, la sabiduría de su Tío Joseíco.

Será José porque te debo visita, porque te vi por vez última en un camerino para que firmaras un autógrafo para un amigo yonqui y gitano. Será porque no pude oír tu voz al otro lado del hilo, allá en Rochester: "*José está bien pero no puede ponerse*", me contestó Chispa con tanta ternura como esperanza. Será porque ahora mi devoción por ti y mi afecto por tu familia es mayor que mi orgullo y ensayo así una especie de disculpa por si he podido ofenderte, por si he podido ofenderles hablando de ti en vano en los papeles.

Será por todo ello que me tienes esta noche intentando dibujar los ojos rotundos y asediados de aquel joven que luchaba contra su propia fama, de aquel hombre que intentó sobreponerse a su leyenda, de un héroe posmoderno que salió de las hogueras gitanas hasta conmover el acento anglosajón de Mick Jagger, las elegantes páginas de la prensa francesa, el altar de un siglo propenso a los dioses de barro que no deja de asombrarse cuando, de repente, descubre uno de verdad.

Será porque no fui a verte como fallecías, a tenderte la mano del amigo más allá de la del periodista, que ahora me consuelo recreándome en la vida que había en aquellos ojos tuyos, fraternales, de hace ya doce años cuando, en La Línea, me confesaste: "*Hace falta imaginar, experimentar cosas y cambiar algo. Hace falta arriesgarse. Lo que yo no puedo hacer es una cosa que no salga de mí*". A tus espaldas llevabas giras adolescentes, tus manos huesudas tocando una guitarra con la que nadie quería acompañarte al principio. Amanecías en un tablao de Madrid y dormías de noche sobre un vinilo junto a Paco de Lucía y el patrimonio de tus antepasados. En San Fernando conociste la vida, pero en La Línea supiste que el amor se llama Dolores, que tiene ojos intensos como los tuyos y que aún sigue luchando por ti, cuando tus ojos sólo sobreviven en el recuerdo y tu voz templada como el vidrio y la forja tan sólo comparece en el corazón electrónico de las gramolas.

Lucía un sol impertinente el día de tu entierro, José Monge. Y, de nuevo en San Fernando, donde tienes el hogar de tu reposo, entre el dolor de tus deudos y el respetuoso silencio de tus seguidores, yo evocaba aquella primera cita nuestra en La Línea para una de esas raras entrevistas en las que terminábamos hablando de la influencia de los ritmos griegos en el cante de los gitanos o de la última marrullería que te habían hecho las casas discográficas: "*El Jazz se parece mucho al flamenco, porque es música del pueblo, porque son raíces. Las raíces son buenas aquí y son buenas allí. Pero yo, cuando canto, me acuerdo de los gitanos, de lo mío*". Y aquellas palabras tuyas eran, ya entonces, como una bofetada sin mano para quienes te despellejaban por haber perpetrado ese crimen tan majestuoso, irrepetible y mágico, que se llamó "*La Leyenda del Tiempo*".

A ratos, volví a ver tus ojos metafísicos, los de cantarle al Prendi o los de aproximarte al culto. En la casa algecireña de la familia Marín, cuando buscabas poemas a los que ponerle voz y temple. En Algeciras estuviste viviendo un tiempo, en el hogar de Romerito, que fue palmero tuyo en "*Como el Agua*" y que se las ventilaba en los puertos. Allí aprendiste a amar los cantes del Niño de la Rosa y los del Chaqueta, uno de los cantaores más largos - sentenciabas -. Y allí supiste respetar a Tío Mollino, ese talentoso buhonero en cuya garganta palpita la siguiirya antigua y que tuvo que poner una maceta en la ventana cuanto - así me lo contaste - le dieron una casa en la barriada de La Reconquista y no sabía distinguir, sin esa señal, la ruta de regreso al corazón de su vivienda.

Pocas palabras emergían bajo tus ojos semipicassianos. Pocas palabras, desde aquel cuerpo tuyo, tan esquemático como un croquis, con la voz en un hilo a veces, que respetaba a la gente de ingenio y maliciaba que más de un aprovechado sobrevolaba el nido del cuco donde el arte crece. Muchos de ellos se arrimaron a ti para buscarte las vueltas, José Monge, para sacarte la hiel o cabalgar a tu grupa por el caballo blanco que galopa hacia la muerte. Pero, en este tiempo hampón donde todo se confunde, es justo y necesario decir que hubo otros que no se acercaron a tu candela con el afán de robártela sino para compartir el intenso calor de tus emociones, ese escalofrío que ya conocieron los aguadores de Jerez, los campesinos de Huelva, los salineros de la Isla, o los mineros antiguos y que se conoce genéricamente como cante flamenco.

Es de ley decir que entre ese cupo de leales, de gente que quiso darlo todo por tí, estuvo un algecireño que de pila llamaron Francisco Sánchez y que la fama conoce por Paco de Lucía. Tus ojos cómplices supieron, sobradamente, apreciarlo.

Si no se juntara, en esta época nuestra, la mezquindad con los peores callejones de la maledicencia y la envidia, nadie hubiera dudado de lo que digo. Y tu muerte, José, sobre tus ojos cerrados, entre panteones, coronas de flores, multitudes, retratos y estatuas, habría servido para confirmar a troche y moche lo que muchos ya intuíamos. Que el fuego es poderoso y que el viento también lo es. Y que fuego y viento, juntos, provocan los mayores incendios. La historia de la música del siglo XX ha conocido una de las más largas y hermosas llamaradas cuando os juntasteis, voz y manos, en una misma ceremonia.

Cuando os pusisteis a compartir la voz de la tribu y el compás tectónico de las montañas, cuando entrasteis a congeniar el canto de las sirenas y la mística del grito: "*Estoy hecho polvo, Juan José* - me dijo Paco hace bien poco -. Sobre todo por la muerte del amigo. Pero también por todo lo que ha ocurrido luego. *En Madrid, en una peña que había cerca de casa, tenían una fotografía grande en la que estábamos los dos juntos. Y la han descolgado*".

Ahora, cuando la trepidancia de la información saca a flote trapos sucios y querellas baldías, hay quien se pregunta si en esa conjunción pudo más el arranque gitano tuyo o los prodigiosos dedos del hijo de la portuguesa. Tanto da. La vida se movía como las pasionales chiribitas de tus ojos, como el mercurio en el latido de vuestra sangre. El azar os juntó. O fue el destino, o tal vez, ese enclave común del Estrecho, donde sorbisteis la vida a grandes tragos, que os empujó al encuentro como si los dos mares fuerais vosotros mismos. Pero lo único cierto es que la historia pudo disfrutar de esa suerte. Lo seguís haciendo en las estrías de vuestras grabaciones y en las secuencias que conservar siempre ese íntimo cinematógrafo que es la memoria.

Podría mencionar tus correrías sureñas, la sangre de tus hijos que es de La Línea, con el legado de tus ojos sobre su rostro y ese extraño crepúsculo con Peñón al fondo que distinguió tu vista durante la mitad de tu vida. Podría citar las devociones arcanas y a los dioses distintos cuyo nombre aprendiste sobre esta encrucijada. Podría insistir, durante horas, en que buena parte de las esclusas musicales que abrió el gran pantano de tu garganta, llevaba agua de esta bahía y tenía el acento mestizo de los campogibaltareños. Pero creo que resulta mezquino y de pocas luces reducir la historia de los cantes a una fuente jerezana del siglo XVIII, a un barrio de Cádiz o de Triana del XIX o, repentinamente o no tanto, a las brumas y nublados de este paisaje que llevabas en los ojos a la hora del adiós. Y que, con ellos, también te sobrevive.